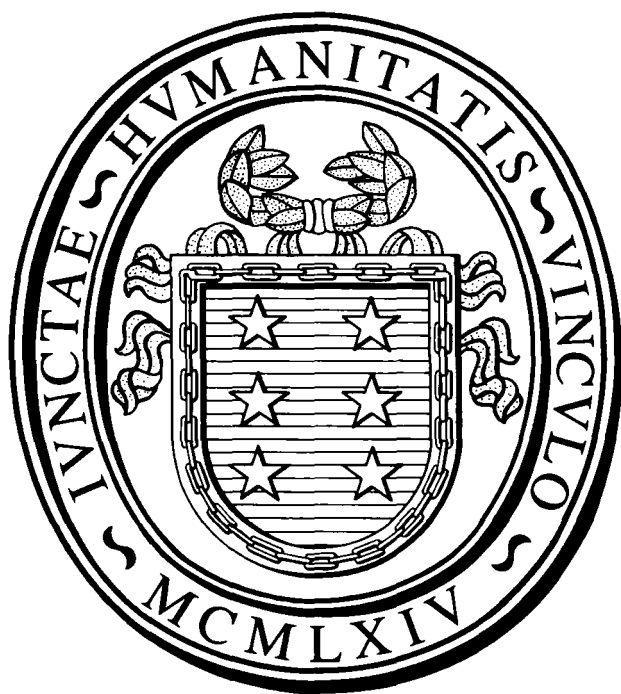


ANALES
DEL
INSTITUTO DE CHILE



1982

BREVE SEMBLANZA DE DIEGO DE ALMAGRO, EL EXPLORADOR

Fernando Campos Harriet

DE LA ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA, CORRESPONDIENTE DE
LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

En una fecha que los investigadores no han podido precisar exactamente, pero que se aproxima, cinco años más o menos, a 1475, nació en la Villa de Almagro, Castilla La Nueva, el célebre capitán Diego de Almagro, a quien estuvo reservada la gloria de hacer la primera expedición de un europeo a nuestro territorio.

Pero no sólo Chile tiene deuda de gratitud con el Conquistador: Panamá, Ecuador (Quito), Perú y Bolivia la tienen también y en alto grado. En gran parte del territorio andino del Pacífico Sur quedaron huellas, y a veces más que memorias, fundaciones debidas al espíritu creador de ese extraordinario hombre de acción y de empresa que fue Almagro. Aún no se ha intentado hacer una completa biografía suya que relate su hazaña de contornos americanos. Su nombre debiera correr de Norte a Sur, pasando por las cumbres de los Andes.

Su origen es bastante incierto. Niño expósito de su pueblo de origen, según algunos tratadistas; hijo natural del hidalgo Juan de Montenegro, Copero del Maestre de Calatrava y de Elvira Gutiérrez, doncella de Almagro, según otros, fue criado en poder de oscuros labradores; ni siquiera aprendió a leer. El cronista Oviedo, que le conoció personalmente, le tiene por hijo de aquellos cuidadores.

Ello no obsta para que, por canales para nosotros misteriosos, confluyeran en él las corrientes sanguíneas castellanas, plasmando una personalidad que recogió la savia de un hijo de su tierra y hombre de su época. Chile debe a Almagro nada menos que su exploración. No fue su conquistador, no formó el país, ni fundó una nueva nación. Apenas alcanzó a recorrer parte de su territorio. Pero le sacó de la

espesa oscuridad que se cernía sobre su existencia, la que constituía una incógnita para los conquistadores españoles, quienes, cualesquiera que fuesen sus disparejas condiciones, traían a estos extremos de la Tierra el evangelio de Cristo y la milenaria civilización occidental.

La expedición de Almagro no tuvo resultados satisfactorios, pero reconoció a Chile, y al regresar al Perú dejó en el norte del país una puerta entreabierta, como dice Jaime Eyzaguirre.

En 1514, el futuro explorador, que se acercaba a la cuarentena, se embarcó para las Indias en la escuadra de Pedro Arias Dávila, huyendo de la justicia, según algunos, por haber herido a un hombre en una pendencia. Pero ésta es una explicación mezquina: en aquella época de lances y desafíos, el castigo para una falta como la suya no podía ser tan grave. La causa es otra: Almagro había recibido el llamado irresistible de la Quimera. Mientras pífanos y tambores promovían el enganche para las Indias, estremeciendo las viejas villas castellanas con el estruendo sonoro de sus fanfarrias, los mozos y los hombres maduros sentían la invitación del Nuevo Mundo y hacia él se lanzaban por buscar honores, famas y dineros y un destino diferente y promisorio, que se les presentaba hermoso surgiendo del fondo enigmático de la Aventura.

Ya en Panamá, Almagro se destacó por su labor, por la franqueza de su carácter y por su generosidad: servía a sus amigos sin limitaciones, ofreciéndoles el dinero que había ganado en sus campañas militares. Fueron grandes amigos con Francisco Pizarro. El cronista Oviedo habla de ellos como que tenían un alma en dos cuerpos. Almagro colaboró eficazmente a Pizarro en la breve conquista del Perú, y después, en las difíciles jornadas del afianzamiento de ésta, producto muchas de ellas de las ambiciones y rivalidades de los propios españoles.

En la conquista del Perú, Almagro acrecentó su considerable fortuna y obtuvo de la Corte el tratamiento de "Don".

Las dificultades entre los dos amigos empezaron cuando se trató de deslindar los territorios que a ambos había concedido el rey, pretendiendo cada uno que la ciudad del Cuzco, la rica y populosa capital del imperio incaico, le pertenecía. Pizarro, astuto y previsor, cuanto Almagro era franco y leal, le hizo aceptar un convenio provisorio que

resolvía en parte sus desavenencias, y para alejarle le indujo a emprender la conquista de Chile, país que se decía era de una riqueza fabulosa, cuajado de oro, del cual se habían servido los incas para adornar sus templos y palacios.

Almagro no lo pensó más: empleó los tesoros que había acumulado, reunió un contingente de hombres, los equipó convenientemente y en julio de 1535 emprendió la marcha. De los compañeros de Almagro en esta expedición sólo ha sido posible identificar a 132. Es difícil calcular cuánta gente formó en su expedición, ya que ésta no partió en una sola columna y en una misma fecha, además fue ampliándose con soldados españoles a medida que avanzaba, y con indios auxiliares y esclavos, los que Barros Arana calcula, al momento de trasmontar la cordillera, en quince mil.

Se considera esta expedición uno de los hechos más notables y prodigiosos de la conquista de América. Para realizarla fue necesario vencer todos los obstáculos, algunos que parecían insuperables, de la naturaleza y de los hombres.

Por las altiplanicies del sur del Cuzco, atravesando la elevada meseta en que está enclavado el Titicaca, soportando fríos glaciales y hambres que les obligaban a disputar a los indios, con la punta de las lanzas, sus magras provisiones. Almagro y los suyos descendieron a las tierras que hoy pertenecen al norte argentino, siguiendo el curso del río Jujuy por el valle de este nombre, soportando terribles calores y el constante asedio de los indios.

Los expedicionarios trasmontaron la Sierra Culinpaja y llegaron a la altiplanicie de Laguna Blanca y entrando por las gargantas o quebradas que hay al norte de ellas, conocidas después como de San Francisco, empezaron a escalar la gran cordillera.

La travesía les ocasionó grandes sufrimientos, por el frío de las alturas, la violencia de los vendavales y el cansancio de las gentes. Los caballos, casi sin herraduras, morían de agotamiento y de frío. También morían extenuados los indios yanaconas y los negros esclavos. Los españoles, más resistentes y sufridos, sólo tuvieron insignificantes pérdidas, pero a muchos de ellos se les cayeron helados, al sacarse los guantes, los dedos de las manos y los de los pies al

descalzarse. Todos se vieron forzados a abandonar sus cargas, con sus ropas y enseres.

En estas condiciones la expedición arribó al valle de Copiapó, el primero del territorio de Chile. Almagro continuó avanzando hacia el sur, resistiendo el constante embate de los indios.

Los españoles respondieron el ataque de los naturales con la mayor dureza y crueldad.

Pareja a la terrestre, Almagro había dispuesto una expedición marítima, la que, compuesta de tres naves, partió rumbo a Chile desde el Callao en el verano de 1536. La embarcación más grande, llamada *Galeón de los Gobernadores*, de 300 toneladas, sufrió tantas averías que hubo de regresar al Callao, desde donde Pizarro dispuso que continuara a Panamá, para ser reparada en forma que pudiera dirigirse al Sur a socorrer a Almagro. La segunda nave, *la Santiago*, de 150 toneladas, sólo alcanzó a llegar hasta la costa de Chíncha en el Perú, al mando del experimentado piloto Alfonso de Quintero. En ella venía el capitán Rui Díaz, trayendo a su cuidado al joven Diego de Almagro El Mozo y a doña Isabel de Almagro, ambos hijos naturales del Descubridor, tenidos en indias peruanas. Esta dama, llamada también doña Malgarida de Almagro, sería la primera mujer de sangre española, no española pura pues era mestiza, arribada a Chile antes de doña Inés de Suárez. Así lo dice ella en una fundación que instituyó en el Cuzco, al donar sus joyas al Convento de la Merced. Desde Chíncha estos expedicionarios continuaron por tierra para reunirse con Almagro.

La tercera nave, *La San Pedro*, pequeña embarcación de no más de 60 toneladas, al llegar a Arica se encontró con los expedicionarios que venían desde Chíncha, embarcándose veinticinco de ellos, entre éstos Alonso de Quintero, que piloteó el resto del viaje. Rui Díaz, con Diego de Almagro el Mozo y el resto de sus hombres continuaron por la ruta del desierto. *La San Pedro* navegó hacia el sur por el Pacífico hasta llegar a la caleta de Los Vilos a principios de mayo de 1536. Traía la nave un cargamento de fierro, de armas y de ropa que aliviaron grandemente a los expedicionarios: Sus caballos estaban sin herraduras, muchas de las armas en mal estado, los soldados habían perdido sus equipajes en la travesía de la cordillera, viéndose obliga-

dos a taparse con toscas jergas indígenas. Los hombres de Almagro descargaron el buque, montaron fraguas, herraron sus caballos y sin pérdida de tiempo prosiguieron su marcha hacia el Sur. *La San Pedro*, por mar, hizo lo propio, reconociendo la bahía de Quintero, llamada así en honor del piloto de la pequeña y afortunada nave.

Finalmente, en el mes de julio, llegó por tierra Rui Díaz trayendo 110 soldados y los hijos del Adelantado.

Al cabo de diez meses de marcha, Almagro había explorado, por sí mismo o por sus capitanes, parte del territorio del país y había comprobado que aquí no había riquezas, ni nada que les estimulase a permanecer.

Almagro reunió a sus capitanes y conferenció varios días con sus huestes y de mancomún resolvieron dar la vuelta al Perú, lo que efectuaron en septiembre de 1536. En ese momento ejecutó un notable acto de generosidad. Había atraído a sus soldados con la esperanza de enriquecerlos en un país de grandes tesoros, y sólo había encontrado pobreza y desolación; los veía abatidos por las penalidades de la campaña y desilusionados por sus resultados. Los reunió a todos, y después de un corto discurso comenzó a romper una a una las escrituras que sus soldados le habían otorgado en el Perú, garantizándoles los capitales que les facilitaron a la salida del Cuzco. Y les prometió que les repartiría todo lo que le restaba de su fortuna "porque nunca deseé dinero o haciendas sino para darlos".

La expedición de Almagro regresó por los yermos desiertos de Atacama y Tarapacá; llegó al Cuzco con sus huestes escuálidas y andrajosas, por lo cual los llamaron "los rotos de Chile".

Almagro no obtuvo ventaja material alguna de su expedición a Chile, al contrario, gastó en ella su fortuna y su regreso al Perú aumentó sus dificultades con Pizarro, que terminaron tras su derrota en el combate de Las Salinas, y con su muerte, por garrote vil, el 8 de julio de 1538.

Su vida es una demostración del mayor esfuerzo en la hazaña y en el cumplimiento de su misión, como así mismo del mayor desprendimiento y generosidad: hijo de padres oscuros, no conoce el odio ni el resentimiento; supera todo complejo y mira al ancho mundo que se abre cautivante. El fundará una estirpe, abrirá una nueva ruta, será un

soldado más en la misión universal de España... Y legará su nombre a la historia y a las fascinantes tierras del Nuevo Mundo.

Y por esa puerta entreabierta que deja su expedición al país, se esparce una luz de amanecida que invita y atrae a los futuros forjadores de Chile.

BIBLIOGRAFIA SOBRE ALMAGRO

Para el conocimiento de la vida y obra del Descubridor pueden consultarse las siguientes obras históricas:

- Gonzalo Fernández de Oviedo. *Historia General de las Indias*. Libro 47, primeros cinco capítulos. Coetáneo y compañero de Almagro, con quien pasó a América, su obra fue escrita muy poco después de los sucesos que relata, pero sólo se publicó en 1855, motivo por el cual fue desconocida de casi todos los autores que escribieron antes de esa fecha.
- Pedro Mariño de Lobera, *Crónica del Reino de Chile*. Santiago, 1865, (Reeditada en Madrid. Biblioteca de Autores Españoles, Tomo CXXXI 1960). El autor no hizo la campaña de Almagro, pero recogió noticias verbales de algunos actores de esos sucesos.
- Miguel Luis Amunátegui Aldunate. *Descubrimiento y Conquista de Chile*, Santiago, 1852. (Caps. 3, 4 y 5). Según Barros Arana, "el estudio más completo que se ha hecho sobre la expedición de Almagro".
- Diego Barros Arana. *Historia General de Chile*. T.I. Cap. III.

MODERNOS HISTORIADORES:

- Luis de Roa y Urzúa. *El Reyno de Chile*. Valladolid, 1945. p. 2. N° 1. (antecedentes de su filiación).
- Jaime Eyzaguirre. *Viejas Imágenes*. Santiago, 1947.
- Rolando Mellafe. *Don Diego de Almagro y el Descubrimiento del Perú*. Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1954.
- Sergio Villalobos. *Almagro y el Descubrimiento de Chile*. Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1954.
- Armando de Ramón Folch. *Descubrimiento de Chile y compañeros de Almagro*. Ed. del Pacífico S. A. 1954.